

Sentidos y prácticas de la política entre la juventud organizada de los barrios populares en la Argentina reciente*

MELINA VÁZQUEZ**

PABLO VOMMARO***

pp. 47-68

Resumen

El artículo analiza las prácticas y representaciones políticas de las y los jóvenes organizados en los barrios populares del Gran Buenos Aires. A partir de seis eje fundamentales se realiza una caracterización de las prácticas políticas impulsadas por una generación de jóvenes socializada en el marco de la profundización de las políticas neoliberales y de la desvalorización de la política institucional. Se busca aportar a la comprensión de los colectivos y redes sociales que conforman los jóvenes, mostrando cómo el territorio se convierte en un ámbito central de la organización social, política y de la vida cotidiana. Y por otro lado, recuperando la noción de autonomía, entendida como forma de construcción política independiente y, al mismo tiempo, confrontativa respecto del Estado, que da sentido a la acción directa y «desde abajo».

Palabras clave

Jóvenes / Sectores populares / Política / Territorio / Neoliberalismo / Argentina

Abstract

This article explores the political practices and representations of the organized youth in working class neighborhoods of suburban Buenos Aires. Beginning with six fundamental subjects, we characterize the political practices boosted by a generation of young people socialized during a period of hard neoliberal policies and devaluation of institutional politics. The aim is to contribute to the understanding of youth groups and social networks, showing how the territory becomes a central arena of social, political and everyday life organization, and autonomy develops into the construction of autonomous groups that confront the concrete and symbolic role of the State and carry out actions «from the bottom».

Key words

Youth / Working class / Politics / Territory / Neoliberalism / Argentina

* El presente artículo refleja resultados parciales de las investigaciones de las tesis doctorales en curso de los autores. Las mismas están financiadas por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (Conicet). Además, el artículo forma parte del trabajo que desarrollan los autores tanto en el grupo de trabajo Clacso «Juventud y nuevas prácticas políticas en América Latina», como en el proyecto UBACyT «Nuevas subjetividades políticas en la Argentina. Un estudio comparado de las organizaciones piqueteras a partir de la crisis de 2001» (2004-2007), dirigido por Federico Schuster. El mismo se inscribe en el grupo de estudios sobre «Protesta social y acción colectiva», Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

** Docente de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Correo-e: vazquezmelina@hotmail.com

*** Profesor de Historia de la Universidad de Buenos Aires.

Correo-e: pvommaro@gmail.com

Introducción: la política en la era neoliberal

Para desentrañar los significados de la política en los barrios populares del conurbano bonaerense es preciso esbozar previamente algunas de las transformaciones de la misma que se han producido en la década de los noventa. A lo largo de esos años fueron múltiples y diferentes los cambios que tuvieron lugar y que, articuladamente, generaron modificaciones sustanciales en cuanto a las maneras de entender la política.

A los fines del presente artículo nos interesa retomar algunas de las múltiples dimensiones que configuran aquello que muchos estudiosos de las ciencias sociales han denominado «territorialización de la política» (Delamata, 2004; Frederic, 2004; Merklen, 2004, 2005). A partir de la comprensión de este complejo proceso, consagrado en la larga década neoliberal, podremos arribar a la reflexión acerca de los significados y las representaciones sobre la política entre las y los jóvenes de los barrios populares del Gran Buenos Aires.

Con la transición a la democracia en la Argentina, en el año 1983, se presentó el desafío de repensar y resituar la política enmarcada institucionalmente. Durante décadas, la sucesión de gobiernos democráticos y golpes de Estado supuso que la política lejos estuviera de ser reconocida a partir de la legitimidad de las instituciones y los mecanismos democráticos de toma de decisiones y de elección de representantes. En efecto, durante las décadas de los sesenta y setenta, no sólo se fueron ensanchando los márgenes de la política, sino que además esta dejó de estar vinculada a las instituciones liberales y fue asociada, cada vez más, con proyectos emancipadores de diverso tipo que coincidían en reconocer en la política el puente o la vía hacia la insurrección y/o la revolución social.

La derrota de dichos proyectos, consumada por parte de las fuerzas ilegales, no sólo se manifestó en la represión abierta y la desaparición de toda una generación de militantes, sino que además buscó obturar todo tipo de manifestación y organización colectiva. Aún así no fueron pocas las experiencias que lograron gestarse en las grietas del autodenominado «proceso de reorganización nacional» (PRN). Como sostiene Elizabeth Jelin (1985:16),

El régimen militar de 1976 cortó, por la vía de la represión, toda posibilidad de expresión de intereses y demandas populares. No más organizaciones e instituciones legítimas, no más manifestaciones callejeras, no más huelgas y protestas, no más declaraciones o solicitadas en los medios de comunicación de masas. Entonces ¿qué? La propuesta gubernamental era la búsqueda del orden y la disciplina a través de la privatización e individuación (...) no más actores colectivos, acciones colectivas, identidades grupales. Durante un tiempo, esto funcionó con bastante éxito y eficacia. (...) Pero después, poco a poco el panorama fue cambiando. Primero las Madres en la plaza [de Mayo] y la posterior ampliación del movimiento de derechos humanos, los jóvenes en los conciertos de rock, tímidas acciones colectivas en barrios obreros y villas, alguna manifestación de mujeres, una que otra protesta que trasciende la fábrica o lugar de trabajo.

Cabe remarcar que en el período 1976-1983 ni el movimiento estudiantil ni los partidos eran capaces de canalizar el activismo de los jóvenes. Además, «ser joven» era un signo de «peligrosidad» para el PRN, lo cual se evidencia en que la mayoría de los desaparecidos eran personas jóvenes.¹ De ahí que los espacios de inscripción de estos últimos combinaran lo político con lo estético, formas de resistencia cultural en las que aspectos expresivos y simbólicos se convertían en materia prima para la creación de estrategias colectivas de resistencia y de formación de identidades colectivas. Así, vemos la importancia que tuvo, por ejemplo, la música; más específicamente el rock nacional,² como vía de expresión de la oposición al *régimen* y de construcción ideológica y simbólica de nuevos valores y formas de comportamiento. Además, muchas de las acciones colectivas desarrolladas en los barrios populares y villas miserias que se analizan, por ejemplo, en el mencionado trabajo de Elizabeth Jelin (1985), también fueron protagonizadas por jóvenes.

La vuelta de la democracia en 1983 abrió múltiples expectativas en cuanto a la posibilidad de retornar a un Estado de derecho que permitiera poner fin a la brutal represión y, como sostiene Denis Merklen (2005), constituyó una oportunidad para «restituir la política en su lugar». Fue así como se definieron los contornos de la «buena política», cuyo actor principal era el ciudadano; el acto político por excelencia la participación electoral a través del voto, y la representación sería articulada a partir de los partidos políticos.

Esto es lo que permite comprender la intensa participación política en partidos durante los primeros años de la democracia. Fueron especialmente los jóvenes aquellos que más compromiso mostraron en cuanto a las formas democráticas de participación. Por un tiempo, entonces, para muchos jóvenes la política podía ser entendida como sinónimo de participación en las instancias de una democracia representativa (Sidicaro, 1998).

Sin embargo, la idea de que la democracia pondría «la política en su lugar», mostró rápidamente sus limitaciones. Esto se evidenció en el «abismo creciente entre las opiniones e intereses de las personas y las instituciones políticas, la muy baja estima en que se tenía a los políticos y la política, y en especial a los procedimientos partidarios para seleccionar candidatos y tomar decisiones y (...) cierta sensación general de que las expectativas depositadas en los representantes habían sido, y volverían a ser una y otra vez, defraudadas» (Novaro, 1995:96).

Nos proponemos trabajar sobre algunas de las causas que explican lo anterior y nos permiten comprender cómo y por qué en la era neoliberal se gestaron modalidades de

¹ Según la investigadora Inés Izaguirre (1992), un 74 por ciento de los desaparecidos eran menores de 30 años. Para ampliar, consultar también el Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Conadep), *Nunca más*, Buenos Aires, Eudeba.

² Para profundizar sobre este tema, consultar el trabajo de Pablo Vila «Rock nacional, crónicas de la resistencia juvenil», en Jelin, 1985.

compromiso y de participación política por fuera y en directo cuestionamiento de las vías institucionales. Es decir, que mostraron los límites del concepto de ciudadanía como única forma de implicación en la vida pública (Merklen, 2005).

La política fue progresivamente desterrada a partir de la agitación permanente de la idea de «crisis». Frente a los procesos hiperinflacionarios y los estallidos sociales que tuvieron lugar en la etapa final del gobierno de Raúl Alfonsín (1983-1989), se instaló en el discurso público un conjunto de medidas y orientaciones que aparecían como única vía de salvación nacional (Aboy Carlés, 2001). Este discurso —neoliberal— pregonaba que era la intervención estatal, en todas sus expresiones, la principal causa de «la crisis». De ahí la instauración, a lo largo de la gestión menemista (1989-1999), de un tipo de discurso y de práctica que alentaba la despolitización de la economía en función de construir un Estado mínimo y una economía fuerte de mercado.

Fue así como se comenzó a dar por tierra con un conjunto de avances en materia de derechos que habían sido bandera del peronismo durante cuarenta años. La centralidad del Estado como agente de la regulación económica, la redistribución del ingreso y la garantía de derechos laborales que habían convertido al sindicalismo en un actor corporativo de peso en la política nacional, fueron erosionados uno a uno. El gobierno de Menem era favorable a la idea de racionalizar y achicar el Estado, de ahí el tipo de políticas que impulsó, como la reducción del gasto público, las leyes de reforma del Estado y de emergencia económica (que habilitaron las privatizaciones, despidos y ajustes) y la descentralización del Estado a partir de la transferencia de funciones del plano nacional al provincial.

Siguiendo a Sabina Frederic ((2003:62)

... esta vez el problema no era la «falta de política», como durante la transición democrática luego del último gobierno de facto (...), sino un «exceso de política» en la vida económica (...). Las reformas neoliberales de Menem atacarían el corazón de las políticas de intervención del Estado consolidadas en su mayoría durante el primer gobierno de Perón en 1945 (...). Así, el «giro» de Menem (...) desafió las concepciones que habían dominado el pensamiento político y económico argentino del último medio siglo, las clasificaciones sociales y políticas existentes hasta entonces y, fundamentalmente, las prácticas que sustentaban esas concepciones...

El modelo mercado-céntrico que instaló en la Argentina el neoliberalismo, consagraba la figura del «técnico» y el «experto», en contraposición con la de los políticos. Esta desvalorización de los políticos frente a los expertos acarrearba severas consecuencias para la política. Por ejemplo, el discurso tecnocrático legitimó las acciones impulsadas desde el Gobierno (Palermo, 1999).

El debilitamiento del núcleo de sentido del peronismo se produjo, además, a partir del resquebrajamiento de los sindicatos y del lugar que históricamente habían ocupado como base del movimiento peronista. Esto se reflejó en la disminución del poder sindical, de sus capacidades de movilización y confrontación, y en las divisiones en su interior. Como se observa en la base de protestas realizada por el Grupo de Estudios de Protesta Social y Acción Colectiva (2006), la participación de las organizaciones sindicales entre 1989 y 2003 muestra la pérdida progresiva de peso en términos absolutos y relativos de este actor en el escenario de la protesta social. Esto permite reconocer cómo se produce la desconexión entre la movilización y los actores clásicos del sistema político vinculados a la representación de intereses.³

Entonces, si durante muchos años la extensión de la condición salarial en la Argentina permitió analizar de manera paralela las transformaciones de los sectores populares urbanos con las del sindicalismo, y este a partir de los cambios en el peronismo, desde la década del setenta esta relación comienza a deshacerse. La «paradoja de los noventa» consiste, precisamente, en el hecho de que se produce una hegemonía política por parte del Partido Justicialista, al mismo tiempo que se produce el momento de máxima añoranza, por parte de los sectores populares, de aquellas políticas sociales integradoras que lo habían caracterizado décadas atrás. Así fue posible profundizar un modelo económico excluyente con una fuerte legitimidad política que tuvo como soporte la existencia de una cultura política vinculada al peronismo (Svampa y Pereyra, 2003).

Las transformaciones del peronismo y su persistencia en los sectores populares se hicieron evidentes a partir de, por un lado, estrategias de intervención gestadas desde redes informales barriales y, por otro, el impulso de relaciones clientelares ancladas territorialmente y basadas en un intercambio desigual de «favores por votos». Sin embargo, estos aspectos «utilitarios» se fueron combinando con otros afectivos que «remiten menos a una identidad peronista activa como estructura del sentir que a un conjunto de emociones y de lealtades históricas frente al 'único partido que ha hecho algo por nosotros'» (Martucelli y Svampa, 1997 citado en Svampa y Pereyra, 2003:49). Ahora bien, esto adquiere características distintivas entre las y los jóvenes, quienes lejos están de reconocer en el peronismo un imaginario de integración social, como lo hacían las generaciones anteriores. De ahí la importancia de

³ Desagregando las protestas sindicales por sector de actividad es posible reconocer, además, el contraste que se produce entre las acciones de protesta de los sindicatos de la educación, administración pública y servicios, frente a la del sector industrial. Este último muestra —desde principios de la década de los noventa— una proporción menor a la de los demás sectores, así como también una disminución de la cantidad de protestas en las que participó. Esto nos permite ver, entonces, no sólo el decrecimiento del protagonismo sindical en la movilización social, sino además que la reorientación de la fuerza de la capacidad de movilización según la rama de actividad se vincula con el impacto de las transformaciones económicas de más amplio alcance a las que nos hemos referido anteriormente (Gepsac, 2006:36-41).

entender cómo para las y los jóvenes de sectores populares el peronismo se configura en la relación inescindible entre Partido Justicialista y clientelismo.

Ahora bien, las mutaciones acontecidas no pueden ser entendidas meramente como cambios del «peronismo desde arriba». Deben ser leídas también como una respuesta de aquel a los cambios que se produjeron al interior de los sectores populares. Este aspecto es central para comprender la territorialización de sus prácticas políticas y productivas.

Las transformaciones sociales, económicas y políticas acontecidas desde la década de los setenta y profundizadas en los noventa se reflejaron en la creciente territorialización de los sectores populares. La desocupación, la pérdida de centralidad de los ámbitos tradicionales de socialización en general, y política en particular, mostraron la relevancia que cobraba el escenario barrial como ámbito de inscripción territorial de las prácticas, redes de sociabilidad y organización colectiva en los habitantes de los barrios populares. Es decir que el barrio se convierte cada vez más en el soporte fundamental de la vida de los sujetos a medida que el mundo del trabajo salarial o formal, enmarcado en lo que podemos denominar modelo fordista clásico, deja de ser el ámbito central de la experiencia personal y la gestación de solidaridades, y soporte de la vida material. Es así como el barrio, lejos de expresar solo un lugar de residencia, se convierte en el espacio por excelencia de construcción de las identidades sociales y base de la acción colectiva (Merklen, 2005).

Lo anterior se evidencia, además, tanto en el tipo de organizaciones que se han formado (basadas en la politización de redes de sociabilidad primarias), como en los formatos de protesta que se han utilizado para visibilizar sus demandas colectivas. De esta forma fue gestándose un tipo de existencia social con diferencias sustanciales en relación con el modelo liberal de ciudadanía, que expresaba una modalidad de existencia política. Este aspecto novedoso se convierte en sumamente necesario para entender la democracia, puesto que no deja de ser un medio para expresar y comunicarse con el sistema político.

De acuerdo con las ideas presentadas, para pensar la política en los sectores populares, y entre las y los jóvenes en particular, debemos tener en cuenta al menos dos significados en disputa. Por un lado, el que surge como producto de las transformaciones del peronismo y la creación de redes clientelares de contención social «desde arriba». Por otro, el que se conforma a partir de espacios de resistencia en los que se disputa aquel sentido y la política adquiere otras dimensiones a partir de experiencias organizativas situadas en los barrios. En la creación de estos proyectos colectivos se pone en juego el sentido del cambio social deseado, el cual, sin duda, tiene diversos significados.

En este artículo proponemos trabajar a partir de seis elementos que nos permiten trazar un mapa y caracterizar las formas de compromiso y protagonismo de las y los jóvenes. Nos concentraremos, sobre todo, en las dimensiones que se relacionan con las experiencias políticas de las y los jóvenes organizados políticamente.

Seis puntos para entender la política y la militancia territorial en los barrios populares

Uno: entre la militancia político-social y la político-partidaria. El lugar de las redes sociales como soporte de la politización de las prácticas sociales y cotidianas

Al analizar el proceso de territorialización de la política encontramos entre sus principales rasgos el hecho de que se produce a partir de redes sociales ancladas territorialmente y que constituyen, a su vez, relaciones sociales que podemos denominar comunitarias. Nos referimos a las modalidades de constitución de las redes organizativas a nivel local, territorial, que, si bien pueden nutrirse de otras experiencias de organización, adquieren formas particulares en la medida en que surgen de procesos ligados con el territorio concreto y específico en el que se despliega la politización. De algunas de nuestras investigaciones⁴ se desprende que estas redes capilares tienen la capacidad de ser difusas y concentradas. Es decir que son invisibles en muchos momentos,⁵ y se hacen visibles y concentradas en ciertas coyunturas específicas, por ejemplo, en ciclos de movilización social.

De los trabajos empíricos que realizamos, surge también el análisis de ciertas figuras u organizaciones territoriales como «aglutinadoras» o «concentradoras» de estas redes sociales preexistentes. Esta concentración y visibilización de la red sirve de base, a su vez, para la conformación de nuevas redes de relaciones sociales. Es decir que las experiencias de politización a nivel territorial se construyen a partir de las redes sociales previas y, a su vez, las potencian y transforman en la acción, posibilitando la constitución de nuevas redes.

Concentrándonos en la importancia que adquieren estas redes para la constitución de las expresiones políticas de las y los jóvenes en los barrios populares bonaerenses, podemos encontrar, por un lado, redes de vecindad, de parentesco, de origen (entre quienes provienen de otras provincias o de países limítrofes), de filiación política o militancia previa, vinculadas a la fe religiosa, entre otras. Por otro, redes vinculadas a gustos o preferencia musicales, aficiones futbolísticas, formas de vestir, estéticas, formas de ejercer la sexualidad, entre las principales.

El conjunto de redes mencionadas se pone en juego en el proceso de constitución de prácticas políticas por parte de las y los jóvenes, siendo todas relevantes para entender las atribuciones de sentido que producen respecto de la política. Aspectos subjetivos, sociales, familiares, ideológicos, afectivos y culturales se conjugan y dan lugar a la construcción de un tipo de antagonismo anclado territorialmente que potencia las experiencias políticas juveniles.

⁴ Para profundizar ver Vázquez, 2008, 2009; Vázquez y Vommaro, 2008; Vommaro, 2006, 2008.

⁵ Esta característica la hace en un punto inasible, inaprensible, tanto para el poder «externo» (estatal en sus diferentes niveles), como para quienes estamos indagando acerca de ella en el presente.

De esta manera, todas estas redes superpuestas se reconstituyen y resignifican en el proceso de politización territorial. Entonces, podemos mirar estas experiencias políticas a la vez como resultado de la organización construida a partir de estas redes, y como generadora de nuevas redes de relaciones sociales con un fuerte anclaje territorial.

En este proceso de territorialización y politización de los lazos sociales locales y cotidianos, fueron múltiples los colectivos donde los y las jóvenes fueron protagonistas. Entre estos, cabe mencionar especialmente los grupos de alfabetización, los bachilleratos populares,⁶ las murgas,⁷ los movimientos de desocupados, grupos de arte popular y callejero, medios de comunicación alternativos, entre otros. Las especificidades y aspectos comunes entre las diferentes experiencias tienen que ver con el tipo de definiciones políticas que fueron gestando.

Como propone Raúl Zibechi (2003), es posible identificar un contraste en las formas de hacer política de los y las jóvenes entre las década de los ochenta y de los noventa en la Argentina. Mientras en los años ochenta se observa una fuerte centralidad de los partidos políticos, de los sindicatos y de los centros estudiantiles como formas de la participación política por excelencia, en los noventa las anteriores formas organizativas muestran serios límites para contener a la juventud. Así, vemos el paso de la vinculación con organizaciones formales, estructuradas internamente de una manera verticalista, que consagra la forma electoral para la renovación de las direcciones internas, a otra en la que se priorizan las relaciones más horizontales y directas entre sus miembros.

Se trata de grupos pequeños en los que priman las relaciones cara a cara, contruidos a partir de la revalorización del territorio como escenario, pero también como objeto de las prácticas. En estos agrupamientos la autonomía ha sido un aspecto constitutivo de sus definiciones y prácticas político-ideológicas y se proclama no sólo respecto de las tradicionales formas organizativas, sino además del protagonismo de los adultos en aquellos espacios.

El proceso de territorialización de la política supone la creación de formas políticas o de militancias de nuevo tipo. Esto es, modalidades de militancia político-social que se presentan como alternativas a la lógica político-partidaria, que está más ligada a lo estatal.⁸ Antes

⁶ Los bachilleratos populares son espacios de educación y formación que se han organizado junto a diversas organizaciones sociales por parte de diferentes grupos —en general juveniles— en la Ciudad de Buenos Aires y las zonas suburbanas. Utilizan las metodologías de la educación popular y están orientados a posibilitar que las personas que no pudieron hacerlo, completen sus estudios secundarios, además de impulsar otras prácticas de formación alternativas a las que ofrece el sistema educativo oficial.

⁷ Se denomina «murgas» a los grupos de música callejera que se organizan —generalmente— para los carnavales, pero que funcionan como ámbito de sociabilidad y encuentro a lo largo de todo el año. Estas agrupaciones están compuestas en gran parte por jóvenes y combinan música, baile y canto, con vestimentas y estandartes que identifican y distinguen a cada grupo.

⁸ Mientras la militancia político-social se expresa en las organizaciones sociales, en gran parte de base territorial y comunitaria, la militancia político-partidaria se relaciona con instituciones ligadas a la disputa de poder en el Estado (ej., partidos políticos y sindicatos) y muchas veces a la participación en instituciones estatales. Si la delegación y la representación caracterizan a este último tipo de militancia, la político-social está más vinculada a la participación directa. Para ampliar este punto ver Vommaro, 2006, 2008.

que el reemplazo de una por otra, debemos reconocer las relaciones de tensión, conflicto y contradicción entre estas dos lógicas políticas; situaciones que, además, se agudizan en aquellas coyunturas de activación o visibilización de las prácticas territoriales.

La militancia político-social supone una forma de organización en la que tiene importancia central el territorio y lo comunitario, puesto que se trata de una práctica en la que la política y los asuntos cotidianos están entremezclados. En otras palabras, donde las múltiples dimensiones de la vida se politizan e involucran un abanico de cuestiones que van desde la música hasta el cuerpo y la intimidad. Esta política desde lo cotidiano, que podríamos también analizar como una politización de lo que antes era considerado social o reproductivo, puede ser analizada a partir de las propuestas de Alain Badiou (1996, 2000), quien aporta a la distinción entre lo estatal y lo político en el mundo actual, posibilitando la comprensión del componente político de las organizaciones sociales territoriales.

Esta politización también se asienta sobre la transformación de cuestiones que anteriormente eran consideradas como parte de ámbito privado y que pasan a ser concebidas como problemáticas de carácter público, que merecen ser tratadas en ámbitos comunes. Esto se puede observar, como veremos más adelante, en el rechazo público a la persecución individualizada de la policía, lo cual se expresa públicamente en diferentes dimensiones estéticas y culturales, como la música, el baile, o la canción. De esta forma, las experiencias de politización de la vida cotidiana en el ámbito barrial vuelve difusa la frontera entre lo público y lo privado (incluso de lo íntimo) que sustenta la política partidaria tradicional.

En estos procesos de politización territorialmente situados podemos distinguir tres elementos importantes. En primer lugar, las formas organizativas, definidas sobre todo por la búsqueda de modalidades de organización y de toma de decisiones que se enfocan en la práctica de un tipo de democracia más participativa y directa. Más allá de sus diferentes resultados, se intenta problematizar y cuestionar la idea de delegación y representación. Esto último explica la preponderancia de la acción directa, la creación de tiempos y espacios propios, y la dinámica asamblearia. En segundo lugar, las formas políticas que instituyen una politicidad de lo social que configura una militancia político-social alternativa y alterativa de la político-estatal. En tercer lugar, los procesos de subjetivación que se constituyen a partir de redes sociales comunes y ancladas comunitariamente que configuran experiencias políticas *autoafirmativas*.

La consideración del territorio como espacio socialmente construido permite, además, reconocer los elementos de continuidad entre las experiencias organizativas a nivel local en, al menos, los últimos treinta años. La existencia de redes interpersonales pervive también en un nivel reticular, al punto de ser casi imperceptibles.

Dos: el territorio como construcción política y la política como construcción territorial

La importancia de lo territorial en la política contemporánea puede abordarse a partir de las transformaciones del sistema capitalista y de los procesos productivos en la Argentina y el mundo en los últimos años. En este plano podemos reconocer la manera en que confluyen dos espacios anteriormente separados: el de producción (la fábrica) y el de reproducción (el barrio). Es decir, el lugar de la producción y el de la reproducción se superponen y esto impacta en las diversas esferas de la vida social. Tiempo y espacio del trabajo confluyen y se articulan con el tiempo y el espacio de la vida cotidiana. Por otra parte, el territorio no se presenta como algo preconstituido o previo, sino como un espacio a producir y que va construyéndose a medida que se gestan diversos procesos político-organizativos.

Es en esta doble dimensión local donde los y las jóvenes de los barrios populares del Gran Buenos Aires despliegan su vida cotidiana. Así, el territorio es un elemento de identificación y pertenencia importante.⁹ Además, es en estos espacios comunicacionales –de producción y reproducción de sentidos– donde se desarrolla la dinámica de reformulación de la relación entre lo local y lo global, constituyendo un territorio mixto, complejo y ambiguo en el cual los significados locales se globalizan y los sentidos globales se localizan (Reguillo, 1997:35).

En tercer lugar, es en el territorio donde se despliegan los mecanismos de construcción de una identidad común, lo cual no necesariamente supone homogeneizar la diversidad o anular las diferencias. Es decir, donde se vuelve posible potenciar lo múltiple y lo diverso sin que esto suponga la reproducción de la desigualdad. Tanto organizaciones sociales territoriales como colectivos culturales, experiencias educativas, medios de comunicación alternativos y grupos artísticos se han mostrado como espacios capaces de expresar y contener la diversidad que caracteriza a la juventud, transformándola en potencia colectiva.

La construcción de comunidad permite, así, que la diversidad que caracteriza al territorio y a los y las jóvenes, que las diferentes situaciones individuales y que la violencia capilar que domina la vida barrial juvenil se transformen en capacidad creadora al organizarse en un proyecto colectivo y comunitario. Si el poder (el Estado, el capital) separa, diferencia, clasifica, divide, las redes sociales que posibilitan las prácticas políticas territoriales de los y las jóvenes se proponen reunir, integrar, componer, igualar. La alegría y lo afectivo desempeñan un rol importante en estos procesos, como retomaremos más adelante.

⁹ Es necesario aclarar que estas formas de vinculación juvenil surtidas desde lo territorial se cruzan con otras modalidades que lo desbordan, como las redes construidas a partir de gustos musicales, estéticas o aficiones futbolísticas. Estas últimas se constituyen a partir de las tecnologías de la información y la comunicación disponibles, que funcionan como «redes de producción-reproducción-circulación y reconocimiento de sentidos y significados» (Reguillo, 1997:39).

Tres: lógica estatal y autogestión. Los significados de la política en disputa

Consideraremos ahora las maneras en que las prácticas políticas de los y las jóvenes en los barrios populares se relacionan con el Estado. Podemos mencionar tres tipos de vínculo.

Uno de tipo *asistencial*, que se establece a partir de la asignación y el manejo de recursos materiales por parte del gobierno nacional, provincial y municipal. Sobre este vínculo se vuelven fundamentales las diferencias entre los y las jóvenes organizados y quienes no lo están. Esto es, entre quienes perciben recursos y asistencia estatal como parte de un colectivo y quienes lo hacen individualmente. Los grupos con recursos estatales logran, en parte, subvertir la idea misma de «asistencia» reinterpretando la recepción de recursos en un lenguaje de derechos y como producto de la misma organización colectiva, que les permite confrontar (y dialogar) con aquel. Quienes perciben ayuda individualmente, por el contrario, se convierten en la más clara expresión de la estigmatización, puesto que la ayuda aparece como compensación a una situación de marginalidad que esa persona parece encarnar: como jefe o jefa de un hogar, como madre soltera, como joven desocupado, etc. Por otra parte, al concretarse la ayuda individualmente, se construye un espacio potencialmente colonizado por punteros¹⁰ que, como veremos, funcionan como mediaciones político-institucionales en el plano barrial. Es decir que la lógica asistencialista puede devenir en una de tipo *clientelar* y que definiremos a continuación.

También podemos referirnos a un vínculo de tipo *represivo*, que se manifiesta en la vida cotidiana de los y las jóvenes de sectores populares y que se profundiza en la relación de estos últimos con ciertas acciones contestatarias o de lucha, especialmente, cuando estas involucran formas de acción directa. No podemos dejar de mencionar el proceso de judicialización de la pobreza y de la protesta social.

Por último, el que podemos denominar de tipo más *clientelar*, que plantean las redes asistenciales de los municipios que actúan a través del control territorial de los punteros del Partido Justicialista y que apuntan a reprimir o cooptar a los grupos barriales que se constituyan en una amenaza potencial o actual a sus intereses.

Deteniéndonos un instante en este punto, podemos volver sobre un elemento que mencionamos anteriormente en cuanto a la constitución de dos lógicas: una político-social ligada al (y surgida del) territorio y la comunidad; otra político-partidaria ligada a las instituciones estatales y, en cierto modo, externa a la construcción territorial y comunitaria.

¹⁰ Con el nombre de «punteros» se conoce a dirigentes locales del Partido Justicialista con estrechos vínculos con el gobierno municipal, que se convierten en figuras claves tanto en el control de los conflictos cotidianos del barrio como en los momentos electorales. Por otra parte, las «manzaneras» son delegadas de manzana que gestionan diferentes planes sociales en el Gran Buenos Aires. Si bien su origen se remonta a los procesos de tomas de tierras y asentamientos de los años ochenta, su existencia se institucionalizó cuando el entonces gobernador de la Provincia de Buenos Aires Eduardo Duhalde les asignó responsabilidad en la implementación de la asistencia social directa. Para ampliar, ver Merklen, 2005:59,87.

Podemos ver, entonces, como entre ellas existen múltiples relaciones de tensión e inclusive de contradicción. La figura del puntero (y en cierto sentido también la de la «manzanera») actuaría a veces como bisagra entre ambas, con muchas limitaciones, y mayormente determinada por la lógica estatal que tiene que reproducir, aunque también condicionada por la construcción territorial que sustenta su poder. Así, podemos decir que el puntero sustenta su poder en el acceso a recursos materiales y relaciones en la esfera estatal, pero también en la construcción territorial en la cual despliega su acción cotidiana.

Los tres tipos de vínculos que mencionamos pueden cruzarse con tres modalidades de relación entre el Estado y las diferentes organizaciones políticas barriales. Estas son: la negociación, el enfrentamiento y la autonomía. Estas modalidades atraviesan transversalmente cada práctica. Pueden confluir en una misma acción o puede haber momentos en que una prevalezca sobre las otras dos.

De lo dicho podemos también avanzar en la identificación de dos dinámicas entre las cuales se despliegan en el territorio las prácticas juveniles en general, y las prácticas políticas de la juventud en particular: la de la autoafirmación y la del enfrentamiento. Si bien analíticamente podemos distinguir ambas, ligar la primera con la construcción territorial, comunitaria, autónoma y alternativa, y la segunda con la interlocución especular y la oposición simétrica al Estado, las dos están presentes —conflictivamente— en la construcción de las experiencias político-sociales. Sin embargo, muchas veces lo autoafirmativo tiende a primar, ya que las dinámicas que se propone son más alternativas que confrontativas respecto del poder dominante. Por otra parte, las dos dinámicas se integran como expresión del antagonismo social situado territorialmente.

De esta manera, las demandas de recursos y reconocimiento al Estado se entrelazan con momentos de práctica autoafirmativa. Así, los colectivos juveniles instituyen espacios de funcionamiento autónomo respecto del Estado —y también de los partidos políticos, los sindicatos o la Iglesia— que, no por tener la autonomía como un horizonte de construcción, dejan de recibir recursos materiales o simbólicos del Estado. Las murgas y los bachilleratos populares son dos ejemplos de esta compleja relación de demandas al Estado (generalmente ligadas con el pedido de recursos, pero también de reconocimiento, muy necesario y solicitado en el segundo caso) y ejercicio de la autogestión, en general acompañada por formas participativas de funcionamiento interno.

Una dimensión importante de la disputa entre las formas de la política juvenil en los barrios y el Estado es la apropiación y el uso del espacio público. Este conflicto tiene su base tanto en el proceso de territorialización que describimos, como en el aumento de las prácticas basadas en la acción directa que analizaremos más adelante. Generalmente se expresa a través de enfrentamientos con la policía y la intervención del Poder Judicial y la autoridad municipal.

Desde las disputas producidas entre los y las jóvenes y la policía por habitar las esquinadas bonaerenses, hasta los enfrentamientos en los cortes de ruta o acampes, pasando por los conflictos que surgen ante los recitales de música en los barrios (generalmente de rock, heavy metal o hip hop) y la actuación de las murgas en los carnavales, las tensiones generadas por el uso del espacio público a nivel local son recurrentes.

En la introducción mencionamos cómo la territorialización de los sectores populares aparecía como elemento central para comprender tanto los significados de la política como las modalidades organizativas de los primeros.

Ahora bien, es posible hacer alusión no sólo a las nuevas organizaciones territoriales que derivan de este proceso, sino también a cómo estas han sido capaces de generar nuevos territorios (organizacionales) no enmarcados en las prácticas territoriales cristalizadas por la operatoria de redes políticas clientelares. El ejemplo más significativo tal vez sea la participación que han tenido los y las jóvenes en las tomas de tierras y construcción de asentamientos urbanos que se han impulsado en diferentes barrios populares desde la década de los ochenta, aun en épocas de la última dictadura militar.¹¹

Sin embargo, otras formas de organización colectiva también reflejan la recreación del territorio a partir de las estrategias organizativas comunes. Podemos mencionar, por ejemplo, la creación de nuevos ámbitos productivos en los que se ha promovido la re-apropiación del espacio social a partir de premisas como la autogestión y la creación de relaciones más horizontales entre los trabajadores. En una palabra, la posibilidad de engendrar nuevos espacios políticos que cuestionan con su práctica cotidiana el tipo de inserción del Estado en el plano local. Como sugieren Gabriela Delamata y Melchor Armesto (2005), son

actividades básicas y reivindicativas que transformaban el habitus asistencialista en relaciones de ayuda mutua y/o reclamos de derechos, mediante diferentes estrategias de redimensionamiento de la acción social: desde la transformación de cuestiones privadas en problemas compartidos o comunitarios, pasando por la politización de la dominación «clientelar», hasta el desplazamiento de las reivindicaciones y reclamos hacia el Estado Nacional. Dependiendo del peso relativo que ocupen cada uno de estos ejes en la vida interna de la organización y en su articulación, nos encontraremos con nuevos territorios «organizacionales» distintos.

La interrelación entre aspectos sociales y políticos puede ser entendida, entonces, como una de las características más relevantes de los procesos organizativos de la juventud de sectores populares. Es decir, la posibilidad de postular concepciones de la política que no

¹¹ Para ampliar este punto ver Marchetti y Vommaro, 2007; Vommaro, 2006.

sólo no están escindidas de las necesidades materiales cotidianas de los sujetos, sino que, además, permiten politizar las demandas reivindicativas.

Las ideas presentadas permiten reconocer cómo para los y las jóvenes de los sectores populares el ámbito territorial no necesariamente debe ser vivido como espacio de «reclusión» y «marginalidad». Es decir que la acción política permite reconvertir los espacios haciendo de los barrios ya no un mero recinto de exclusión social, sino, además, escenario de resistencia y contestación por parte de los y las jóvenes. Acordamos con Rossana Reguillo (2000:146) cuando afirma que «los actores juveniles, al inventar territorios para la acción en una forma de respuesta a las exclusiones, valores, símbolos y formas de comunicación derivadas de la globalización y portadoras de sus propios mecanismos de dominación, señalan que todos estos procesos de escala planetaria no desaparecen en el territorio, ni lo convierten en un 'no lugar', a la manera de Augé».

Cuatro: la política como ámbito de inscripción del antagonismo con la policía

El aspecto sobre el que proponemos reflexionar aquí tal vez sea el de más importancia para comprender el lugar de la juventud en las experiencias organizativas barriales. Como mencionamos, estas son múltiples y diversas, sin embargo los discursos de interpelación dirigidos a los y las jóvenes constituyen uno de los aspectos comunes entre ellas. En diversos espacios (como talleres de murga, de arte, de oficios, movimientos de desocupados) y en un repertorio de formatos de protesta (tomas de tierras, ocupaciones, cortes de rutas o calles, etc.), los y las jóvenes se vuelven protagonistas.

Parte de los cambios en la política que narramos al principio permiten comprender por qué los y las jóvenes participan de estos ámbitos, mientras que su participación se retrae en los ámbitos tradicionales del régimen político democrático-liberal: menos participación en elecciones y retracción del compromiso en partidos políticos y sindicatos.

La desconfianza hacia las instituciones se desplaza en el ámbito territorial en la desconfianza hacia la policía. Para muchos y muchas jóvenes el barrio se convierte prácticamente en el único ámbito posible de socialización y de sociabilidad. Es por esto que su vínculo con las instituciones del Estado resulta restringido y, en muchos casos, únicamente se manifiesta a partir de la presencia de punteros políticos y de la policía. Además, esta última se visibiliza a partir de las prácticas de hostigamiento y persecución permanente a los y las jóvenes. La criminalización de la juventud se hace particularmente evidente en los sectores populares, a lo que se suma la discriminación por su pertenencia social o su lugar de residencia.

Si las diferentes formas de organización colectiva reconocen particularidades, es posible identificar como hilo conductor entre ellas la manera en que permiten canalizar el rechazo

hacia la policía.¹² Esto posibilita la construcción interpretativa de aquella a partir de la posibilidad de reconocerla como antagonista, es decir, de politizar este vínculo.

Reflexionando en torno a uno de los formatos de protesta más novedosos en la Argentina en la última década —los cortes de ruta— podemos ver cómo es marcada la presencia de los y las jóvenes en el área de seguridad. Al ser parte de esta última, los jóvenes y las jóvenes conforman la primera fila o cordón, enfrentados directamente con la policía. De esta forma,

la participación en los piquetes subvierte esa relación de sometimiento individualizado, generando un espacio de reconocimiento donde confrontación e integración al colectivo se conjugan: «al milico que tenés enfrente (...) le decís 'yuta puta'. Le decís en la cara que es un hijo de puta. Eso te da un sentido de integración» (MTD Aníbal Verón, 2003:29). Así, (...) el sentido de pertenencia a este colectivo permite expresar el rechazo y el antagonismo con la policía y los punteros de un modo que resulta imposible desde la individualidad en la vida cotidiana de los barrios populares. (Pérez y otros, 2007:36-37).

De ahí la importancia que cobran no sólo la socialización de los y las jóvenes en los movimientos y organizaciones de las que forman parte, sino además, y fundamentalmente, las estrategias de confrontación que estas llevan a cabo. La acción directa, como ya vimos y profundizaremos en el próximo punto, es el escenario de una producción identitaria central, a partir de la cual resulta posible identificar y reconocer en la policía un adversario político.

Cinco: acción directa y participación en el espacio público

Una de las novedades más relevantes de la movilización social en la Argentina desde mediados de la década del noventa ha sido la creación de un nuevo repertorio de protesta social. Entre las acciones que innovaron el repertorio de movilización anterior podemos mencionar los cortes —de rutas, calles y vías—, la muestra artística, la olla popular, el acampe, el cacerolazo, el escrache,* la ciberprotesta, el basurazo, la cadena humana y el corte de teléfonos. Durante y a partir de la década de los noventa es posible reconocer una tendencia creciente de los denominados nuevos formatos de protesta que persiste a lo largo del tiempo (con

¹² Los estudios acerca de los consumos culturales entre los jóvenes de sectores populares han mostrado la relevancia que poseen los estilos musicales y las identidades construidas en torno a aquellos para expresar las formas de ver y sentir al mundo. Como sostiene Zibechi (2003) este fenómeno puede ser considerado una «novedad» para los sectores populares, por cuanto «rompe con una tradición (en la que hubo muy escasas excepciones) de que la música para consumo de los sectores populares fuera elaborada por músicos de clase media» (p. 69). Las especificidades de esas estructuras de sentimiento propias de los jóvenes de sectores populares se han evidenciado a partir de la creciente relevancia que fue cobrando el repudio a la policía y la utilización de narrativas y términos en los que se expresa el rechazo hacia el tipo de prácticas que esta desarrolla en los barrios populares.

* «Escrache» es el nombre dado en el Río de la Plata, principalmente Buenos Aires y Montevideo, a un tipo de manifestación en la que un grupo de activistas se dirige al domicilio o lugar de trabajo de alguien a quien se quiere denunciar por diferentes motivos, de modo que se hagan conocidos a la opinión pública. N. de C. Tomado de Wikipedia.

algunos picos) y que es inversamente proporcional al decrecimiento de los formatos convencionales de protesta social, como la movilización, concentración, el *lock out*, el paro/huelga, la sentada, el motín, la ocupación, la huelga de hambre, entre otros (Gepsac, 2006).

Contemplando nuestro interés por desentrañar los significados de la política entre los y las jóvenes, es relevante considerar la predilección que ellos han mostrado hacia los nuevos modos de escenificar su presencia en la escena pública. Estos formatos de protesta social pueden ser analizados a partir de una característica común. Siguiendo a Germán Pérez (2005), se trata de tipos de escenificación que ponen en juego una «política de los cuerpos». Esto puede ser leído en relación con un conjunto de elementos relevantes.

Primero, como expresión del carácter indelegable de la política o, en otras palabras, el cuestionamiento a la posibilidad de delegar en otro la representación del propio cuerpo y la propia voz. Por eso «poner el cuerpo» se convierte en sinónimo de participar. Es decir, para que la acción colectiva tenga lugar es preciso que se manifieste a través de la presencia física de sus manifestantes. En manos de sectores que han sido invisibilizados socialmente en tanto sujetos con capacidad de agencia política, como es el caso de los y las jóvenes de sectores populares, este tipo de protesta se vuelve fundamental, puesto que no sólo permite enunciar reclamos sino que, además, instituye formas de visibilidad social y la creación de identidades colectivas en el mismo accionar. Por eso, no sólo es relevante la visibilización de los cuerpos, sino además y fundamentalmente, la «carnavalización de la protesta, la dramatización de los referentes identitarios, la imaginación para captar la atención de los medios de comunicación, trastoca las relaciones en el espacio público y señala la transformación en los modos de hacer política» (Reguillo 2000:148).

En segundo lugar, la creciente relevancia de las acciones directas en el nuevo repertorio de protesta social no hace sino poner en cuestión una idea que ha calado hondo en las ciencias sociales de las últimas décadas. Hacemos alusión a la idea de que la política se encuentra cada vez más mediatizada y virtualizada.¹³

En tercer término, consideramos que hay otra cuestión relevante para pensar la relación de los y las jóvenes con la política. Siguiendo a Melina Vázquez (2008), no sólo los cuerpos posibilitan la creación de espacios de resistencia y visibilidad sino que, además, los cuerpos mismos de los y las jóvenes deben ser interpretados como ámbitos de inscripción de la resistencia, como una búsqueda por construir una *hexis corporal* alternativa a la del orden

¹³ Esto último se desprende también de uno de los argumentos que hemos trabajado más arriba en cuanto a la importancia que posee la presencia de los punteros en los barrios como respuesta a la territorialización de los sectores populares. Como también la de aquellas figuras que encarnan a la política estatal en el plano local y que tan necesarias se vuelven para entender los entramados y las disputas políticas en los barrios. Estas presencias no dejan de ser complejas, puesto que, más allá de la búsqueda, por parte de diferentes colectivos, de combatir sus formas clientelares, también son interpretadas como una forma de presencia del Estado, una suerte de reaseguro contra la exclusión y la posibilidad —aunque sea simbólica— de reconocerse como parte de una comunidad política.

social hecho cuerpo. Así es como cobra relevancia el reconocimiento de una nueva estética creado en torno a la protesta social juvenil, en la que lo político y lo cultural se encuentran inevitablemente articulados.

Seis: la figura del militante «desclasado» en la política territorial¹⁴

La política en los barrios populares pone en juego, también, la reflexión acerca del tipo de presencia que poseen jóvenes provenientes de sectores medios que se han vinculado con diferentes experiencias organizativas territoriales.

Las singularidades de este tipo de presencia pueden ser aprehendidas a partir de dos afluentes. Por un lado, la figura del joven militante «desclasado» puede ser analizada a partir de la creciente pauperización de las condiciones de vida, ya no solamente de los sectores populares, sino de las clases medias. De esta forma, como propone Zibechi (2003), es posible reconocer la existencia de nuevos pobres jóvenes que comparten las situaciones de precariedad y desocupación con los integrantes de los sectores populares pero que, al mismo tiempo, dominan herramientas que son en gran parte proporcionadas por su educación formal, y que no existían en aquel sector social. Estas herramientas se articulan con colectivos de base territorial que permiten potenciar capacidades organizativas.

Por otro lado, la figura del joven «desclasado» puede ser estudiada a partir de un conjunto de jóvenes externos a los barrios populares que han arribado a estos a partir de trayectorias de militancia política anteriores. Es decir, cuya militancia es reorientada a partir de la revalorización de las prácticas ancladas territorial y barrialmente como escenario del activismo. La presencia de activistas externos a los barrios, pero con una militancia de base, ha sido fundamental en un conjunto de espacios de resistencia protagonizados por los y las jóvenes que se fueron gestando al calor de la profundización del neoliberalismo en la Argentina.

De este segundo afluente de militantes nos interesa remarcar dos aspectos sumamente interesantes. En primer lugar, los y las jóvenes no sólo reivindican la militancia en el territorio, sino que además, en muchos casos, remarcan la importancia de vivir en el territorio donde se milita; en los casos en que lo anterior se traduce en una mudanza al barrio, narrada a través de la idea del desclasamiento.

En segundo lugar, lo anterior nos permite reflexionar acerca de las relaciones entre estas modalidades de compromiso político y las de la militancia revolucionaria de las décadas de los sesenta y setenta. A primera vista no deja de ser relevante el modo en que se interpreta la idea misma del desclasamiento. En el marco de la militancia revolucionaria, desclasarse

¹⁴ Este apartado retoma algunas de las conclusiones de la tesis de maestría «La socialización política de jóvenes piqueteros. Un estudio a partir de las organizaciones autónomas del conurbano bonaerense», de Melina Vázquez, 2008.

suponía proletarizarse, o sea, romper con la clase social de pertenencia, sumarse a las filas de la clase obrera y promover espacios de resistencia desde la militancia en las fábricas. Es decir, vivir, trabajar y luchar como un obrero. Ahora bien, para estos y estas jóvenes, por el contrario, el desclasamiento expresa su conversión en vecinos o habitantes del espacio territorial donde la militancia tiene lugar. Podemos ver así cómo la militancia no parece susceptible de ser inscrita en el paradigma clásico de la producción, sino en el ámbito barrial. Esto parece corroborar que la hipótesis acerca de la territorialización de la política está vinculada también al proceso de territorialización de la producción que mencionamos brevemente más arriba. Además, se hace evidente no sólo la importancia que cobra la idea de «convertirse» en vecino para poder militar en un barrio, sino además cómo —tal como se desprende del discurso de estos jóvenes— el trabajo formal no aparece como escenario posible de la politización. Esto se relaciona con la inexistencia de algún tipo de identidad construida en torno a la figura del trabajador asalariado o industrial o una cultura política construida en torno al espacio laboral como ámbito central del compromiso político y la politización de las prácticas. Para los y las jóvenes «desclasados» es su identidad como «luchadores» —no como «trabajadores»— aquella que da sentido a su experiencia personal y colectiva.

Lo anterior es sumamente significativo para pensar acerca de cómo el espacio de trabajo industrial y salarial deja de ser postulado como ámbito de la militancia política por excelencia, al mismo tiempo que lo territorial se convierte en el centro de la experiencia social ligada al militantismo.

Consideraciones finales. La construcción de formas políticas alternativas entre las y los jóvenes: ¿nuevos caminos hacia el cambio social?

Al analizar las formas en las que se expresa la política protagonizada por jóvenes en los barrios populares de la Argentina discutimos una idea que ha sido bastante difundida y que asocia «lo juvenil» con el desencanto y la apatía. Para quienes sostienen esto, la crisis de la política clásica repercutió especialmente entre los y las jóvenes y generó ausencia de todo tipo de organización y acción colectiva. Desde esta óptica, la crisis de la política institucional expresaría, al mismo tiempo, la crisis de la participación política juvenil.

Siguiendo a Pierre Rosanvallon (2007), consideramos que es preciso relativizar o interpretar cuidadosamente el significado que le atribuimos a la desconfianza en las instituciones democráticas. Para eso, nos advierte el autor, es preciso ejercitar un tipo de reflexión más abierta que nos permita comprender los cambios en la participación política. En sus palabras (2007:35-36),

La ciencia política se ha esforzado durante mucho tiempo por distinguir formas de «participación no convencional», constatando que se multiplican, aunque la concurrencia a

las urnas pueda parecer menos frecuente. Los indicadores de participación en huelgas o manifestaciones, la firma de petitorios, la expresión de formas de solidaridad colectivas en las situaciones extremas sugieren así que no hemos ingresado en una nueva era de apatía política y que la idea de un creciente repliegue sobre la esfera privada no tiene fundamento. De modo que conviene más hablar de mutación que de declinación.

A partir de lo anterior podemos dar cuenta, al mismo tiempo, del modo en que se produce el alejamiento de los y las jóvenes de las instituciones y prácticas de lo que denominamos militancia político-partidaria, a partir de la disminución de la participación en espacios como partidos o sindicatos, así como del alejamiento y la desconfianza hacia las instituciones y actividades convencionales de implicación en la esfera pública. También, del modo en que se produce la transformación de los espacios en los que los y las jóvenes se sienten más interpelados a participar. En otras palabras, reconocer que la politización se inscribe en canales alternativos a las vías institucionales y estatales de la política. De este modo, se vuelve relevante analizar los procesos de subjetivación entre las generaciones de jóvenes como emergentes de un proceso histórico determinado —como el descrito— antes que como una característica inherente a la condición juvenil, ya sea en su versión romántica (que parte de la «predisposición» a la acción colectiva) o en la idea del desencanto con la política como condición *sine qua non* de la juventud.

En este artículo, entonces, mostramos que es posible observar entre los y las jóvenes de los barrios populares bonaerenses un desplazamiento de las formas tradicionales de organización y participación política hacia otro tipo de espacios y prácticas en los que no sólo no rechazan la política en cuanto tal, sino que muchas veces se politizan sobre la base de la impugnación de los mecanismos delegativos de participación y toma de decisiones. De este modo, se constituyen nuevas subjetividades políticas a partir de la oposición a las anteriores modalidades de participación en el régimen político democrático liberal: las elecciones y la representación corporativa a partir de la vinculación con partidos y sindicatos (Vázquez, 2007).

No obstante, pensamos que las singularidades de los espacios organizativos entre los y las jóvenes que analizamos en este trabajo son difíciles de reconocer desde otros enfoques. Es decir, que no solamente son problemáticos en aquellos que persisten en analizar los ámbitos tradicionales de la política, siendo allí donde más evidente se vuelve el repliegue de la participación entre los y las jóvenes, sino que además nos alejamos de la mirada característica de aquella izquierda partidaria que acota el carácter transformador de las prácticas al imaginario revolucionario clásico. Desde esta matriz resulta complejo reconocer en colectivos de base territorial posibles espacios de politización, como también reconocer

la politicidad de sus demandas y de las cuestiones cotidianas que se problematizan en la experiencia colectiva.

Como decía Pierre Bourdieu en su clásico trabajo «La 'juventud' no es más que una palabra» (2002), las disputas entre generaciones aparecen como producto de aspiraciones construidas en etapas diferentes, donde aspectos que para una generación pueden haber resultado de una lucha a lo largo de toda la vida, otra generación los recibe, sin más, al nacer. Sin duda es de esa forma como entendemos la relación con las instituciones democráticas por parte de las generaciones que han vivido en tiempos de dictadura y aquellas otras que han nacido en la transición o en plena democracia. De ahí la dificultad que ha suscitado entre muchos investigadores repensar los sentidos de la política entre los y las jóvenes, tomando como materia las especificidades y características que presentan en lo concreto, más allá de categorías preconcebidas para otros escenarios, modalidades y épocas.

Para terminar, podemos decir que si bien entre los cientistas sociales de América Latina en los últimos años se ha buscado recuperar y no desestimar el potencial político de las prácticas asociativas entre los y las jóvenes, el desafío actual consiste en repensar cómo estas prácticas políticas territoriales pueden aportar a un proceso de transformación social más amplio que contenga —y al mismo tiempo supere— lo local, sin que por eso deba quedar encorsetado en los sentidos clásicos del cambio social.

Referencias bibliográficas

- Aboy Carlés, Gerardo** (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina: la reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Buenos Aires, Homo Sapiens.
- Auyero, Javier** (1993). *Otra vez en la vía. Notas e interrogantes sobre la juventud de sectores populares*, Buenos Aires, Homo Sapiens.
- Badiou, Alain** (1996). «Política, partido, representación y sufragio», *Revista Acontecimiento*, n° 12, Buenos Aires.
- Badiou, Alain** (2000). *Movimiento social y representación política*, Buenos Aires, IEF-CTA.
- Bourdieu, Pierre** (2002). «La 'juventud' no es más que una palabra», en *Sociología y cultura*, México, Grijalbo.
- Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Conadep)** (1984). *Nunca más - Informe Conadep*, Buenos Aires, Eudeba.
- De Certeau, Michel** (1995). *La toma de la palabra y otros escritos políticos*, México, Universidad Iberoamericana/Iteso.
- Delamata, Gabriela** (2004). *Los barrios desbordados. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba.
- Delamata, Gabriela y Armesto Melchor** (2005). «Construyendo pluralismo territorial. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires en la perspectiva de sus bases sociales», en G. Delamata, comp., *Ciudadanía y territorio*, Buenos Aires, Espacio.
- Feixa, Carlés** (1998). *De jóvenes, bandas y tribus*, Barcelona, Ariel.
- Frederic, Sabina** (2003). *Buenos vecinos, malos políticos: moralidad, política y política en el Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, Prometeo.

Grupo de Estudios de Protesta Social y Acción Colectiva (Gepsac) (2006). «Transformaciones de la protesta social en la Argentina, 1989-2003 (Buenos Aires)», disponible en www.iigg.fsoc.uba.ar/Publicaciones/DT/DT48.pdf.

Izaguirre, Inés (1992). «Los desaparecidos. Recuperación de una identidad expropiada», disponible en www.iigg.fsoc.uba.ar/conflictosocial/libros/izaguirre/losdesaparecidos/inesdesap_07.htm#cuadro4.

Jelin, Elizabeth (1985). «Los movimientos sociales en la Argentina contemporánea: una introducción a su estudio», en E. Jelin, comp., *Los nuevos movimientos sociales I. Mujeres. Rock nacional*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Lewkowicz, Ignacio (2003). «Generaciones y constitución política», disponible en URL www.estudiolwz.com.ar.

Lewkowicz, Ignacio (2004). «La generación perdida», disponible en URL www.elsigma.com/site/detalle.asp?IdContenido=159.

Marchetti, Pablo y Pablo Vommaro (2007). «Las tomas de tierras y asentamientos de 1981 en Solano: aproximaciones para el estudio de una experiencia de organización social en épocas de dictadura», Actas de las XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Universidad Nacional de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras.

Margulis, Mario y Marcelo Urrestí (1998). «La construcción social de la condición de juventud», en Humberto Cubides, María Cristina Laverde Toscano y Carlos Eduardo Valderrama, *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*, Bogotá, Fundación Universidad Central, Siglo del Hombre Editores.

Martín Criado, Enrique (1998). *Producir la juventud*, Madrid, Istmo.

Merklen, Denis (2004). «Sobre la base territorial, la movilización popular y sobre sus huellas en la acción», en *Laboratorio* (publicación electrónica), año 6, n° 16, pp. 46-53.

Merklen, Denis (2005). *Pobres ciudadanos*, Buenos Aires, Gorla.

Novaro, Marcos (1995). «Crisis de representación, neopopulismo y consolidación democrática», *Revista Sociedad*, n° 6, Buenos Aires.

Palermo, Vicente (1999). «¿Mejorar para empeorar?: la dinámica política de las reformas estructurales argentinas», en Juan Carlos Torre y otros, *Entre el abismo y la ilusión: peronismo, democracia y mercado*, Buenos Aires, Norma.

Pérez, Germán (2005). «Pálido fuego: Hannah Arendt y la declinación de la figura del trabajador en las sociedades contemporáneas. Apuntes sobre los piqueteros en Argentina», en Federico Schuster, Francisco Naishtat, Gabriel Nardacchione y Sebastián Pereyra, comps., *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Prometeo.

Pérez, Germán, Analía García y Melina Vázquez (2007). «Poner el cuerpo. Sobre los significados de la Masacre del Puente Pueyrredón», *Revista Ciencias Sociales*, n° 67, Buenos Aires, UBA.

Reguillo Cruz, Rossana (1997). «El oráculo en la ciudad, Creencias prácticas y geografías simbólicas. Una agenda comunicativa», *Revista Diálogos de la Comunicación*, vol. 49, pp. 33-42, México.

Reguillo Cruz, Rossana (2000). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*, Colombia, Norma editorial.

Rosanvallon, Pierre (2007). *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*, Buenos Aires, Manantial.

Svampa, Maristella y Sebastián Pereyra (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires, Biblos.

Sidicaro, Ricardo (1998). «La gran mutación de los 90: crisis de los valores y el problema de los jóvenes», en Ricardo Sidicaro, y Emilio Tenti Fanfani, comps., *La Argentina de los jóvenes. Entre la indiferencia y la indignación*, Buenos Aires, Unicef/Losada.

Tenti Fanfani, Emilio (1998). «Visiones sobre la política», en Ricardo Sidicaro y Emilio Tenti Fanfani, comps., *La Argentina de los jóvenes. Entre la indiferencia y la indignación*, Buenos Aires, Unicef/Losada.

Vázquez, Melina (2007). «Apuntes sobre la socialización política de jóvenes piqueteros», en E. Villanueva y A. Massetti, comps., *Movimientos sociales y acción colectiva hoy*, Buenos Aires, Prometeo.

Vázquez, Melina (2008). «La socialización política de jóvenes piqueteros. Un estudio a partir de las organizaciones autónomas del conurbano bonaerense». Tesis de maestría, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales.

Vázquez, Melina (2009). «La política desde abajo: narrativas militantes de jóvenes desocupados en Argentina», *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales Niñez y Juventud*, vol. 7, n° 1, Colombia.

Vommaro, Pablo (2004). «La producción y las subjetividades en los movimientos sociales de la Argentina contemporánea: el caso del MTD de Solano», Buenos Aires, Clacso-Asdi, disponible en <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2002/mov/vommaro.pdf>.

Vommaro, Pablo (2006). «Acerca de una experiencia de organización social: las tomas de tierras y los asentamientos de 1981 en Solano», *Revista de Historia Bonaerense*, año XIII, n° 31, diciembre, Instituto y Archivo Histórico Municipal de Morón.

Vommaro, Pablo (2008). «El trabajo territorial y comunitario en las organizaciones de trabajadores desocupados: el caso del MTD de Solano», en Sebastián Pereyra, Germán Pérez y Federico Schuster, eds., *La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados después de 2001*, Buenos Aires, Al margen.

Zibechi, Raúl (1997). *La revuelta juvenil de los noventa. Las redes sociales en la gestación de una cultura alternativa*, Montevideo, Nordan.

Zibechi, Raúl (2003). *Genealogía de la revuelta argentina: sociedad en movimiento*, Montevideo, Nordan.